

La Reconstrucción de Actos como Método de la Enseñanza de la Filosofía

*Todo lo que ha sido vive ahora...
en una lúcida conciencia; es Platón
mismo quien renace cuando crecemos con el
Fedro, y Santo Tomás piensa de nuevo, con
nuestra cabeza, cuando descubrimos y
entendemos la Suma.*
M. F. Sciacca

En la enseñanza de la filosofía se olvida frecuentemente que nos encontramos en el terreno de las cosas humanas. Cuando nos vemos en la necesidad de entender una filosofía del pasado o de otro ámbito cultural, no estamos tratando simplemente con objetos cognoscibles. La filosofía es fundamentalmente sabiduría, esto es, una propuesta de vida, que surge de la entraña de un hombre o un pueblo. Por eso su quehacer se cifra, según las palabras de Unamuno, en “poner la vida en la verdad y la verdad en la vida”, y esto significa para el profesor de filosofía que su materia de enseñanza tiene que ver con realidades poseedoras de la dignidad de lo humano. No es la aprehensión de objetos lo que abrirá a nuestra inteligencia el significado de una determinada filosofía; su comprensión está más bien en reconstruir los actos que le dieron origen.

La filosofía es una de las manifestaciones de la actividad espiritual del ser humano, y las manifestaciones espirituales, nos dice Dilthey, no pueden explicarse, como sí puede hacerse con los fenómenos de que se ocupan las ciencias naturales. Las obras espirituales son totales y cualitativas, y por eso, pueden comprenderse, mas no pueden explicarse, ya que explicar consiste en reducir los hechos a sus causas y relaciones. Para entender las obras del espíritu, es necesario atender el *sentido* que poseen, el cual se pierde en la reducción que hace la explicación. Se alcanza el sentido sólo reconstruyendo los actos originarios que dieron lugar a tales manifestaciones. Es decir, detrás de toda gran obra filosófica hay ciertos *actos* que son la clave de su significado; *acceder* a ellos es lo que nos permite comprenderlas. Los pasos de este acceso, por tanto, son los que deben constituir el método de la enseñanza de la filosofía.

Mas, ¿qué es un acto? Este es un concepto que Brentano y el mismo Dilthey usaron para distinguir la realidad interior, la realidad psíquica, de la “realidad externa” o el mundo entorno a un sujeto. El mundo externo se conforma de objetos; el mundo interno, lo psíquico, se compone de actos. Husserl, tratando de dar claridad en esto, introdujo el término “vivencia”. Un acto es una vivencia. Lo psíquico o espiritual se conforma por *vivencias*. Sentir, percibir, valorar, pensar, fenómenos que suceden todos en la interioridad de un ser psíquico, son ejemplos de estas vivencias. De modo que, reformulando la afirmación arriba hecha, podemos decir que el método de la enseñanza de la filosofía se constituye por los momentos que dan acceso a las vivencias que dieron origen a una determinada filosofía.

Ahora bien, Husserl distingue dos primeras clases de vivencias. Unas son hiléticas y otras intencionales. Las primeras no son comunicables, porque son enteramente subjetivas. Las intencionales tienen un objeto al cual tienden, lo que permite su comunicación o, mejor, su “coejecución”.

Por ejemplo, un dolor sensible es una vivencia hilética, no tiene un objeto en el que recae y, por ello, no puede comunicarse ella misma. Un dolor de muelas sólo lo experimenta el que lo padece. Podemos “interpretar” su gesto y, mediante una inferencia, entender que le duele, pero el dolor mismo no podemos experimentarlo. Pasa distinto con el pensamiento, que es una vivencia intencional; el pensamiento posee siempre un objeto en el cual recae. Siempre se piensa algo y, si no está presente este algo, no hay pensamiento. Esto permite que el pensamiento de una persona pueda *reconstruirse* en otra. Trata alguien de explicar a otro un concepto que no acaba de entender. Después de varios ejemplos, de pronto se iluminan sus ojos y exclama: “¡Entiendo!”. En ese momento, es el pensamiento mismo lo que ha experimentado; ha logrado captar su objeto y reconstruir o coejecutar la *misma* vivencia. El pensamiento se ha comunicado. Mejor, se ha *revivido*. Precisamente, ha ocurrido lo contrario que con el dolor sensible.

En el ámbito de las vivencias intencionales es donde puede realizarse la comprensión y, por ende, la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía. Pero, y esto es una acotación importante, la comprensión ha de llevarla a cabo el alumno y la labor del profesor consiste en preparar la disposición de las capacidades cognitivas de aquél para captar el objeto de aquellas vivencias, para *coejecutar las mismas vivencias*.

Son, entonces, las vivencias intencionales las que nos abren el sentido de las obras espirituales. Mas, estas a su vez, se distinguen en tres especie. Existen las vivencias sensibles, inteligibles y emocionales. De modo que, para lograr la comprensión, debe accederse a todas ellas. En el caso de la filosofía, fundamentalmente a las dos últimas. Es decir, el saber filosófico interpela la integridad del ser humano; tanto a la inteligencia como a la sensibilidad y, en su enseñanza, hemos de buscar medios que permitan hablar tanto a una como a la otra.

En resumen, el método de la enseñanza de la filosofía consiste en *reconstruir* las vivencias intencionales, tanto inteligibles como emocionales, que han dado lugar a las obras filosóficas. ¿Cómo es posible hacer esto?

En primer lugar, es indispensable una selección del contenido de enseñanza que interpele al tiempo presente y al joven estudiante.

En segundo lugar, es necesario eliminar las falsas ideas y prejuicios que respecto al pueblo o etapa histórica del pensador en estudio se tengan. Se trata aquí del mismo fin que tenía la ironía o refutación socrática en el método mayéutico; es decir, de una propedéutica, consistente en “purificar” el alma de las falsas ideas. Lo que más impide el conocimiento es creer que ya se sabe, aún más cuando se trata de conocer a otro igual en dignidad, al cual las etiquetas y estigmas ocultan del todo.

Estos dos primeros pasos son apenas una preparación para la reconstrucción de las vivencias. Pretenden preparar para lo que Beuchot llama “el silencio de la escucha”, es decir, la actitud de respeto y reverencia en la espera de la palabra del otro. La etapa fundamental requiere necesariamente de la mediación del profesor. Él ya ha recorrido el camino hacia esa meta; conoce las dificultades del trayecto y los puntos donde es posible perderse. Puede, entonces, guiar al alumno, porque en sí mismo ha llevado a cabo dicha reconstrucción. Ha de preguntarse, entonces, cómo llegó él a la comprensión de determinado tema y, mediante la respuesta a esta pregunta, organizar una serie de *actividades* que vayan propiciando en el alumno paulatinos descubrimientos, hasta alcanzar la vivencia fundamental. El profesor no debe ir directamente a las ideas y explicarlas; debe edificar vías para alcanzarlas.

Esto es lo que Vasconcelos ha llamado la pedagogía de Dante y que describe en los siguientes términos:

En todo momento ha de tenerse presente que el papel del maestro es el de guía... Uno que ha recorrido antes los mismos caminos... El ejemplo más excelso es el de Virgilio en el poema del Dante. A cada paso Virgilio se adelanta, porque sabe la ruta, y lo sigue el discípulo, porque confía en su maestro. Al mismo tiempo, ya que están ambos frente al prodigio, es el Dante quien habla y expresa el estupor, el pensamiento de la nueva experiencia. De esta manera el discípulo añade el valor de su sorpresa a la aventura común y el saber de ambos se ensancha. (José Vasconcelos. *José Vasconcelos y el espíritu de la Universidad*. P. 191)

Es decir, en la enseñanza de la filosofía, quizá también en las artes y las humanidades todas, es indispensable la mediación viva del profesor. Las obras del espíritu son vida, pero vida latente, objetivada; hace falta también la sangre y el latir del profesor para manifestarla. El instrumento de la mediación que hace el profesor entre el tema filosófico y el alumno no es otro que su propia persona, donde conocimiento y vida se reúnen.